

general que toma como punto de partida una persona singular»; por eso el lector tiene siempre la impresión de trascender lo meramente personal para sumergirse en la crónica de medio siglo de historia colectiva, una historia en la que no faltan ni los acontecimientos políticos ni las reacciones ideológicas ante los mismos; se trata por tanto de una narración de acontecimientos y doctrinas íntimamente entrelazados. Por otra parte el autor ha intentado superar algunos de los prejuicios y de los anacronismos de la actual «memoria histórica» que presenta el pasado como una lucha sin matices entre las fuerzas retrógradas (el mal absoluto) y las del progreso finalmente triunfante (el bien absoluto). Por un lado es preciso advertir que una personalidad compleja e intelectualmente honrada nunca puede ser identificada sin más con el «bloque de poder dictatorial» (el mal absoluto). En el caso de Gonzalo Fernández de la Mora la dualidad interior, el debate que siempre mantuvo consigo mismo, actuó como remedio contra el dogmatismo. Fue esta circunstancia la que le permitió alejarse del nacionalismo falangista y del integrismo católico que constituían sus puntos de partida iniciales. Es esta perspectiva matizada la que nos impide condenar «in toto» y sin matiz alguno la filosofía política del autor como si esta fuera «el mal absoluto».

Por otra parte para González Cuevas siempre es posible asimilar desde la orilla del presente demo-liberal algunas de las críticas que nos llegan desde un pasado franquista, ya que «lo que distingue a las grandes democracias liberales es contar con pensadores ...que sean capaces de cuestionar las reglas de la democracia para mejorar su funcionamiento». Tendremos que aceptar que nuestro presente histórico es susceptible de crítica precisamente porque no representa el «bien absoluto».

*Juan Olabarría Agra*

CASTRO, Demetrio: *Líderes para el pueblo republicano. Liderazgo político en el republicanismo español del siglo XIX*, Universidad Pública de Navarra, Pamplona, 2015, 221 pp.

Desde la ya clásica obra de Antoni Jutglar sobre Pi y Margall hasta el flamante libro que Eduardo Higuera le acaba de dedicar a Manuel Ruiz Zorrilla, pasando por el modélico estudio de Álvarez Junco sobre Lerroux, han transcurrido cuarenta años en los que se han publicado unas cuantas biografías de las personalidades republicanas más esclarecidas. También han visto la luz algunos volúmenes colectivos que reúnen diversas semblanzas representativas, con muy buen resultado en los que editaron Rafael Serrano García (*Figuras de La Gloriosa*), Javier Moreno Luzón (*Progresistas*) o Manuel Pérez Ledesma e Isabel Burdiel (tanto *Liberales, agitadores y conspiradores* como *Liberales eminentes*).

Pero lo que ofrecen los autores de esta nueva publicación intenta ser algo más que un conjunto de biografías.

Antonio Robles Egea, Gregorio de la Fuente Monge, Raquel Sánchez, Ángel Duarte, Jorge Vilches y Demetrio Castro, que ejerce de coordinador, firman un libro derivado de un proyecto de investigación financiado por el Ministerio y que revisita una selección de dirigentes del republicanismo decimonónico español. Integran la selección, por orden de nacimiento, José María Orense, Francisco Pi y Margall, Emilio Castelar, Manuel Ruiz Zorrilla, Nicolás Salmerón y Alejandro Lerroux. La diferencia que presenta la obra, su gran aportación respecto a otras publicaciones, estriba en querer desentrañar los fundamentos del liderazgo político de esos adalides siguiendo un marco teórico común al que se ajustan —bien es cierto que de manera desigual— todas las colaboraciones, algo poco frecuente en este tipo de monografías.

El marco teórico se toma de la ciencia política, donde este tema ha sido objeto de concienzudos estudios (J. M. Burns, B. M. Bass, B. J. Avolio, J. S. Nye, entre otros). De acuerdo con estas premisas, la obra centra su atención en los factores que sostienen el liderazgo político en un contexto determinado, principalmente las características personales, el comportamiento, la visión u objetivos, las redes de apoyo y las estrategias. Para todos ellos, además, Robles Egea ha confeccionado unas tablas que sistematizan los elementos definitorios en cada uno de los dirigentes, aunque deja fuera a Lerroux para incluir a Estanislao Figueras.

La conclusión básica es que en todos los casos se dan los elementos del modelo transformacional, la aspiración a grandes cambios, así como las conductas en general proactivas, rasgos que no impidieron la existencia de diferentes estilos de liderazgo. De hecho, como afirma Duarte, lo usual en el republicanismo siempre fue «la multiplicidad y la coexistencia de voces colectivas y de conducciones ideológicas». Así que lo más difícil en una obra de esta naturaleza es afinar en la determinación de las peculiaridades verdaderamente distintivas de los biografiados.

Las cualidades personales de las figuras estudiadas varían, aunque existieron puntos comunes, por ejemplo la buena formación y las habilidades comunicativas siquiera por escrito. También el carisma, un concepto del que opina Castro que se abusa demasiado. Ahora bien, descubrimos que virtudes muy apreciadas en la época, como la buena oratoria —proverbial en Castelar—, no siempre resultaron determinantes: ahí están para demostrarlo las limitaciones que presentaba esta aptitud en Garrido y Ruiz Zorrilla. El talante conciliador se reveló igualmente valioso en un universo incapaz de lograr alianzas duraderas. Orense hizo gala de ella en 1865, igual que en 1903 Salmerón, ambos en contraste con la fama de autoritario que tradicionalmente se le achaca a Pi y Margall, a veces sin justicia, y que en cualquier caso no menoscabó su imagen de rectitud, honradez y austeridad ejemplares, ni su polifacético magisterio. El rasgo del autoritarismo, por añadidura, disuena en un personaje tan apreciado en el campo libertario, paradoja que no deja de apuntar Castro.

Más allá de una serie de principios compartidos, las visiones políticas de futuro y la estrategia también arrojan diferencias notables, algo en lo que la historiografía ha insistido bastante. Así, es lugar común hablar de la disyuntiva que se dio entre las vías legales y la insurrección, o los debates entre socialistas e individualistas, o las posturas respecto a la articulación territorial del Estado; aunque, vistos de forma sistematizada a la luz de este patrón de análisis de los procesos de liderazgo, cobran nuevos matices. Por ejemplo, en el caso de Ruiz Zorrilla, que nunca llegó a sistematizar totalmente un programa —mérito que de la Fuente Monge sí destaca en Orense—, su expatriación voluntaria fue un revulsivo aglutinador que le permitió compensar otras debilidades que, de haber permanecido en España, habrían minado su liderazgo. Asimismo, hubo divergencias sustanciales en lo que Duarte llama las distintas modalidades «de conducción del pueblo», algo que a su vez tiene mucho que ver con el grado de apertura al protagonismo popular. En cualquier caso, ni las visiones ni las estrategias fueron realidades estáticas, aspecto que pone de manifiesto Raquel Sánchez al destacar la importancia de la capacidad de adaptación, «la plasticidad del discurso de líder y de su estrategia».

En cuanto a las redes de apoyo, su capital político y social, hay evidentemente una base común en todos los perfiles aquí examinados. La prensa desempeñó una función medular, pues como recuerda Vilches «permitía hacerse un nombre, ganar seguidores», y por lo tanto reforzar el liderazgo. La actividad publicística en general resultó clave en los seis dirigentes, igual que el entramado organizativo. Pero en otros aspectos hay diferencias, como en el alcance de las redes clientelares —que Gregorio de la Fuente prefiere no sobrevalorar en Orense— o la variable relación establecida con los seguidores. Aparte, claro, de la disponibilidad de recursos familiares. En el caso de Zorrilla, sin carecer de ellos, parece que fue más bien la apuesta insurreccional lo que facilitó la creación de una red en la emigración y vivificó su propio mito.

Los riesgos de aplicar a sociedades pasadas un esquema concebido para tiempos recientes no los ignoran los autores, empezando por el coordinador, que reconoce la imposibilidad de manejar ciertos instrumentos de análisis empírico y que «es forzoso reducirse a acercamientos indirectos». Raquel Sánchez, por su parte, confiesa las dificultades que entraña recurrir a fuentes secundarias o de carácter fragmentario, pero concluye, y con razón, que «es un riesgo que merece la pena ser afrontado». Por lo demás, la selección de perfiles que se hace parece acertada, teniendo en cuenta que se trata de los cuatro principales jefes que hubo en la primera Restauración junto con uno de los líderes históricos más señalados, perteneciente a la generación anterior, y otro de la posterior, más distanciada del año 1873 y receptora de ese legado en un contexto bien diferente al empezar el novecientos: el de la política de masas, con un republicanismo, en palabras de Duarte, «urgido de renovación» y que asistirá al «liderazgo copernicano» de Lerroux.

Hablar de «los ilustres jefes» del republicanismo fue muy común en todo el siglo XIX, pero ¿qué fundamentos tenía el liderazgo que desembocaba en esa jefa-

tura? Este volumen arroja luz sobre esta cuestión, ayudando a comprender mejor los entresijos del fenómeno republicano y la modernización política en España. Por añadidura, abre la puerta a nuevas líneas de trabajo, al augurarles a estos planteamientos teóricos «una larga proyección de futuro» si se extienden a otros líderes y etapas. Añadamos la conveniencia de estudiar también, por debajo de los prebostes, a los dirigentes regionales, que no por *segundones* resultaron menos decisivos en la configuración de unos republicanismos cuya fuerza derivaba en última instancia de su implantación territorial. Otra posibilidad que el libro no propone de forma explícita pero que se nos antoja de lo más sugerente consistiría en aplicar, *mutatis mutandis*, esos parámetros teóricos al análisis del liderazgo femenino, que en el caso del republicanismo finisecular encarnaron mujeres como Belén Sárraga, Rosario de Acuña o Ángeles López de Ayala, propagandistas que, desenvueltas en el estrecho margen que la sociedad de entonces les reservaba, también se granjearon la simpatía de los lectores, electrizaron auditorios, dispusieron de redes de apoyo, concibieron notas originales en sus visiones republicanas y diseñaron sus propias estrategias.

*Sergio Sánchez Collantes*

MORENO LUZÓN, Javier y DE ALMEIDA, Pedro Tavares (eds.): *De las urnas al hemiciclo. Elecciones y parlamentarismo en la Península Ibérica (1875-1926)*, Madrid, Marcial Pons-Fundación Práxedes Mateo Sagasta, 2015, 403 pp.

Bienvenido, pero desigual. Bienvenido porque, con la que está cayendo, toda aportación que se sitúe antes de 1931 hay que acogerla con cariño. Pero algo desigual, por varias razones. Contra lo que pueda parecer, la empresa es compleja porque los estudios comparativos son difíciles de realizar si se quiere hacer algo más que aportaciones situadas en campos estancos y sin apenas interrelación. En el libro no hay ningún capítulo comparativo en el que se tracen las líneas básicas de coincidencia y divergencia y se señalen los factores que ayuden a comprenderlas y explicarlas, con lo que la perspectiva ibérica queda coja. Un apartado de conclusiones podría haber aportado esta reflexión y cargado de sentido la alusión en el título a la Península Ibérica, pero no hay tal cosa.

Por otra parte, la lectura de los capítulos deja ver ciertas desigualdades en su resolución. Los dos que firma un pluriempleado Carlos Dardé son significativos en este sentido, incluso a nivel de bibliografía. En el primero («Elecciones y reclutamiento parlamentario en España») la referencia más actualizada es del 2010, pero la mayoría son anteriores al III milenio, mientras que en el segundo («Memoria(s) del parlamentarismo liberal en la historiografía y en el debate polí-